BOLETIN DE LÁ ÁCADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA

Año XXXII

Primer Semestre de 1965

Nº 72

Gabriel Guarda, O.S.B.

SANTO TOMAS DE AQUINO
Y LAS FUENTES DEL URBANISMO INDIANO

Jaime Eyzaguirre

DISCURSO DE RECEPCION DEL
ACADEMICO DE NUMERO D. GABRIEL GUARDA

Marcello Carmagnani y Herbert S. Klein DEMOGRAFIA HISTORICA: LA POBLACION DEL OBISPADO DE SANTIAGO 1777 - 1778

Sergio Fernández Larraín BLEST GANA Y CIFUENTES. UN EPISTOLARIO INEDITO

NOTAS Y DOCUMENTOS

CRONICA DE LA ACADEMIA

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Discurso de recepción del Académico de número D. Gabriel Guarda O.S.B.

POR

JAIME EYZAGUIRRE
Secretario de la Academia

Entre el azul y el verde del agua y del follaje, Pedro de Valdivia, el inspirado visionario de la España imperial, sentó los reales de una nueva población. Como un novio enamorado le dio su nombre y le traspasó su idiosincrasia combatiente y combativa: el amor a lo difícil, el hábito de la lucha, la serenidad en el infortunio.

Así nació en 1552 la más antigua ciudad austral del globo, envuelta en el hechizo de la naturaleza hermosa y agitada a menudo por asaltos de indios y piratas, por incendios y terremotos. Vida agónica que se arrastra sin doblegarse en los siglos, que hace del suceder un drama ininterrumpido donde la virilidad no se rinde y el corazón no se desclava del embrujo maravilloso de la tierra.

¡Qué imposible resulta dejarla, a la que bella, como pocas, se muestra esquiva e ingrata! El que ha mirado allí, por primera vez, el mundo; el que allí tiene huesos de muchos abuelos, se resiste al rompimiento. Y si la mano de Dios le empuja hacia otros lugares, no habrá cómo quebrantar la morriña. El hijo peregrino se lleva consigo, en la humedad de los ojos, el paisaje acariciador, riente de la madre; y dentro del alma, como puñales en serie, la lista de

sus desventuras. Recordar la tierra, sus horas de luz y gloria, sus dolores, es tarea sin término. Lo que nació como nostalgia acaba por transformarse en vocación de una vida. Y el hijo de Valdivia se convierte así en historiador de su patria chica.

Su nombre es Fernando Guarda y se halla en el comienzo de su juventud. Ha llegado a Santiago a estudiar arquitectura. Por una gran paradoja viene a buscar arte a la ciudad de la desarmonía, donde los hombres se han empeñado con éxito en borrar todo signo de auténtica personalidad y en ocultar tras edificios discrepantes y de servil imitación la maravillosa obra de Dios. Pero el novel universitario ni se descorazona ni se deja embobar por el peso y el volumen del cemento. Ve más allá del cascarón artificial. Presiente que la urbe de ingrato rostro alberga vetas que lo enriquecerán a su tiempo. Así, con sabio instinto, va diferenciando dentro de su mundo interior la luz de las tinieblas: recoge certero lo perenne y aparta lejos lo efímero, decadente y peligroso.

Su figura y ademán delatan la extrañeza con el medio circundante. Delgado, como una talla gótica, tiene un andar sin apremio que parece hacerle flotar sobre la tierra. El timbre de su voz es moderado, casi tembloroso, como si temiera romper el silencio. Todo debiera empujarle al aislamiento. Y no obstante disuelve el hielo a su alrededor y hace brotar cordialidad sin obstáculos. Posee, desde luego, una prodigiosa aptitud para el dibujo que lo singulariza entre sus compañeros de estudio. Pero hay más, por cierto, en el muchacho provinciano que engendra simpatía y hasta respeto: la increíble modestia unida a la eficacia, su espontánea generosidad, su rectitud y limpieza de espíritu. Parece un emisario de paz, un irradiador de pureza. Y estas son credenciales que atrapan desprevenido al mundo de las pasiones y de los egoísmos.

Un día sube las escalinatas de la Biblioteca Nacional y penetra en la Sala Medina. Lo empuja el anhelo de hurgar en el pasado de su inolvidable villa natal. Allí se zambulle apasionadamente en la lectura de viejos documentos, en la compulsa de crónicas españolas e indianas, en el examen de mapas y de planos de fortalezas. La vocación del historiador ha aflorado incontenida. El goce de despejar la incógnita del tiempo ido, de reconstituir su imagen, de tornar accesible las inquietantes épocas ya muertas, lo hacen ir una y mil veces a compulsar las amarillentas hojas. Sus reiteradas visi-

tas al lugar, como también su prematura gravedad y poco común delicadeza, atraen la mirada escudriñadora del Conservador de la Sala. El diálogo se entabla pronto entre ambos. Fernando Guarda confiesa su ambición de escribir la crónica de su tierra de origen. Guillermo Feliú Cruz lo alienta y pone sin reticencias en sus manos los instrumentos útiles.

¡Con qué pasión amorosa va siguiendo paso a paso el transcurrir histórico de ese rincón tan hermoso como vapuleado! La fundación primera de Pedro de Valdivia y su efimera vida; la ocupación holandesa de 1643; la repoblación emprendida dos años más tarde para afianzar el dominio de Su Majestad Católica en el confín de América; la empresa de construir y reparar una y mil veces las fortificaciones desde el mar a la ciudad; los episodios de la vida militar, administrativa y social; el efecto de la guerra de independencia; la colonización alemana al promediar el siglo diecinueve, en fin, van revelándose poco a poco al joven investigador. A veces los hechos históricos se confunden con la crónica familiar. Así ve llegar en 1736 al oficial español don Jaime de la Guarda a servir de castellano del Castillo de Corral y actuar como ingeniero en la fábrica de las fortalezas; a su hijo el Teniente Coronel don Ignacio. ejercer los cargos de Comandante general de Armas y Alcalde de la ciudad; y a su nieto don Jaime de la Guarda y Valentín, sumarse al movimiento patriota en 1811 desde el cargo de Vocal de la Junta de Gobierno de Valdivia, sufrir el destierro en Juan Fernández después del desastre de Rancagua y regresar, primero como Gobernador y luego como Intendente de la provincia en los tiempos del Ministro Portales.

Fidelidad a la sangre y al terruño e investigación profunda y científica, fueron los ingredientes matrices de la "Historia de Valdivia". Apenas concluida, la obra gana en 1952 el premio en el concurso abierto por el municipio de la ciudad para conmemorar el cuarto centenario de su fundación. Fernando Guarda tiene entonces veinticuatro años y ya ha alcanzado prestigio en el gremio exigente de los historiadores. Ha puesto además término a sus estudios de arquitectura y antes de recibir el título universitario parte a Europa a completar su formación.

En España sigue cursos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla y en la Universidad internacional Menéndez y Pelayo de Santander, becado por el Instituto de Cultura Hispánica, el Instituto Nacional de la Vivienda de España y la citada Universidad santanderina. Un acento especial pone en la Historia del Arte y de la experiencia arquitectónica contemporánea de la Madre Patria. Y a esto agrega la apasionante investigación en archivos, de preferencia en el de Indias de Sevilla, donde sigue la huella de la arquitectura virreinal en nuestra tierra. El excelente material allí recogido, en el que abundaban planos y diseños de fortificaciones, sirvió a Fernando Guarda para redactar dos obras de envergadura: "La arquitectura militar en el reino de Chile" y "Planimetría urbana colonial", que por desgracia se conservan aún inéditas.

Luego de recorrer otros países del Viejo Mundo y empaparse de su tradición artística, nuestro viajero regresó a Santiago y obtuvo el título de arquitecto en la Universidad Católica. Su proyecto sobre "Un mercado en Valdivia" recibió del profesor informante y Decano de la Facultad, don Sergio Larraín, calificación distinguida y mereció en 1959 el Premio del Colegio de Arquitectos de Chile.

En el campo histórico, la vocación de Fernando Guarda sigue presente. Publicaciones periódicas de Chile y España recogen nuevos estudios de su pluma. Algunos se refieren a la historia social, como "Formación de la sociedad valdiviana", "La familia de fray Camilo Henríquez", "La Casa de los Condes de Cartago", a que perteneció el Gobernador valdiviano don Francisco de Alvarado y Perales, y "El palacio de Echenique en Errazu", que dio asimismo un Gobernador a Valdivia y luego un Presidente al Perú. Otros trabajos tocan temas de la vida intelectual y del movimiento de las ideas, como la personalidad del barroquísimo escritor don Pedro de Usauro Martínez de Bernabé y la difusión del ideario federalista en Valdivia. Un tercer grupo de estudios alude a temas de historia religiosa, entre ellos a las "Formas de devoción en la Edad Media de Chile" y al proyecto de la erección de un Obispado en Valdivia en el siglo XVIII. En fin, un cuarto conjunto de estudios abarcan materias de la profesión del autor. Sobresalen allí "El urbanismo imperial y las primitivas ciudades de Chile", con

que participa en el II Congreso Hispanoamericano de Historia celebrado en Santo Domingo en 1957, y un comentario enjundioso de la exposición cartográfica efectuada en la Biblioteca Nacional de Santiago en 1961, que le permite avanzar importantes reflexiones sobre la arquitectura militar en el reino de Chile y nuestro neoclasicismo del siglo XVIII.

La Academia Chilena de la Historia fue mirando satisfecha la ruta certera del joven y aventajado investigador. En su deseo de alentar a las nuevas inteligencias y abrir camino a las vocaciones seguras, la corporación, poco después de publicada la "Historia de Valdivia", había incluido a su autor en la lista de sus Miembros correspondientes. Y por cierto que no tuvo que lamentar este paso, pues el beneficiario, al través de sus siguientes trabajos y búsquedas en los archivos chilenos y europeos, no sólo mantuvo, sino que acrecentó el prestigio conquistado. Pudo así la Academia, sin titubeos y con el voto unánime de sus integrantes, elegirlo en 1962, uno de sus treinta y seis miembros de número.

Pero este nombramiento que se hacía al arquitecto e historiador Fernando Guarda, lo vino a recibir un monje, el hermano Gabriel. Todo un proceso espiritual, íntimo y profundo, había orientado al triunfador de las cosas del tiempo, hacia metas más altas
y difíciles. Una luz le hizo ver la gradación de los valores e intuir
el misterio paradójico de que la plena renunciación trae un recobrar enriquecido. En medio del bullicio, del activismo, de la masificación, sintió el imperioso anhelo del silencio, del recogimiento,
de la plegaria. Y esa paz, que no anula sino que vigoriza y enriquece, la vino a hallar en los claustros del Monasterio de San Benito. La Orden que más de un milenio atrás detuviera la fuerza
bruta en sus umbrales de piedra y de fe, y que salvara el germen
de la cultura en las negras vigilias, lo recogió maternal y solícita
en el oasis sereno del estudio y de la oración.

Por eso ahora, revestido del hábito monástico, con un corte grave que no excluye ni de lejos la afable suavidad del rostro y la alegría de un corazón libre de torcidas preocupaciones, ha llegado esta tarde hasta nosotros el hermano Gabriel Guarda, para decirnos con su presencia que el tiempo y la eternidad no se hostilizan, sino que se conjugan armoniosos en la paz y en el amor. Su docto

discurso de incorporación es un acertado cruce de preocupaciones y saberes diversos, en que el monje, el arquitecto y el historiador han sabido unir con hilo de oro el testimonio de la teología, de la filosofía, de la historia, del arte y del derecho. Bella pieza de auténtico contenido científico y elegante estilo, que nos ha abierto nuevos horizontes y enriquecido las inteligencias. Grato convivio, en fin, que el hijo de San Benito ha proporcionado a la Academia Chilena de la Historia que hoy le recibe en su seno con sentimientos conjuntos de gozo, de orgullo y de veneración.